

«al principio, cuando la mayoría es todavía infiel, y se «multiplican entonces por dó van los apóstoles del Evangelio; pero son supérfluos cuando la mayoría ha llegado á «ser creyente y fiel: *Miracula infidelibus, non fidelibus.*»

El establecimiento del Cristianismo, el hecho de haber vencido, conquistado y renovado el mundo, es el más brillante, el más indiscutible de los milagros. El solo hace palidecer á todos los hechos maravillosos é individuales sobre los cuales puede uno discutir hasta perderse de vista. Esto que nosotros hubiéramos querido llamar las *Evidencias de la Fe*, si la espresion fuera permitida, esto que llamaremos los *Esplendores de la Fe*, son las brillantes luces de un cierto número de hechos considerables, anunciados claramente con anticipacion, realizados de la manera más maravillosa, contra toda ley humana, fuera de todas las condiciones naturales. Estos oráculos, que han llegado á ser realidades inmensas y palpables, son muchas veces resplandecientes faros en los cuales la luz, en el órden moral é intelectual, excede infinitamente á la luz eléctrica, la más brillante de las luces de la ciencia moderna. Gracias á ellos, nos vemos completamente autorizados para decir de nuestra fe, que, semejante al sol, se ha levantado como un gigante para recorrer su vasta carrera, que ha superado los esplendores del mediodia, y que sólo una voluntad rebelde puede librarse del brillo y ardor de sus rayos.

Enumeraré más adelante estas *pequeñas* palabras que han llegado á ser realidades *grandiosas*. Su alcance divino de ninguna manera exige que se pruebe la autenticidad de los Evangelios, ó sea de las obras originales de los escritores apostólicos que llevan este nombre. Basta y aun sobra, lo que conceden sin dificultad alguna los más encarnizados enemigos del Cristianismo, lo que la crítica moderna jamás ha negado, y es que los textos á que yo aludo hayan sido escritos y conocidos en el primer siglo de la era cristiana: entonces que nada podia hacer preveer el cumplimiento de estos tan admirables oráculos.

TOMO PRIMERO.

LA FE.

Capítulo primero.—Exposicion de la Fe.—Antes que todo importa definir la fe que se quiere hacer resplandecer, su símbolo, sus dogmas ó misterios, sus preceptos ó moral, sus oraciones ó liturgia. Estos misterios que tan abstrusos son para la razon, han sido creídos y lo son todavía por un gran número de grandes géneos. Estos preceptos tan rigurosos han sido aceptados, observados y practicados por innumerable multitud de las almas generosas. Estas tan sencillas oraciones son repetidas hace más de diez y ocho siglos por los más elocuentes, puros y dulces labios de la humanidad!

Capítulo segundo.—Necesidad absoluta de la Fe.—Esta necesidad la confirma la razon, y la expresa el divino Salvador de los hombres en términos que imponen á todas las almas rectas, á todos los espíritus sinceros: «El que no dá crédito al Hijo no verá la vida; sino que la ira de Dios está sobre él.» Así como es necesaria la fe á los individuos, no lo es menos á las naciones. Donde Jesucristo no ha reinado ó no reina, los delitos abundan y con ellos la muerte. Donde Jesucristo reina, la gracia es superabundante, y por ella la justicia y la vida en este mundo y en la eternidad.

Capítulo tercero.—La Fe es rara, rarísima.—Nos acercamos al desgraciado tiempo del cual ha dicho el divino Maestro: *«Cuando venga el Hijo de Dios, creéis que encontrará fe en la tierra? á estos tiempos de los cuales decia el*

apóstol san Pablo: *Los hombres no soportarán la sana doctrina, sino que impulsados de deseos insensatos y de una comezon extremada en los oídos, se rodearán de maestros que les agraden, huirán de la verdad y se volverán á las fábulas.* La Fe es rara, pero esta misma rareza es un argumento más en favor de su divinidad. La Fe es rara, pero es falso que sea algunas veces imposible, y que tenga las mismas propiedades ante la ciencia, que un ave nocturna ante la luz. La Fe es rara, pero en la Iglesia católica consérvase todavía sana y viva, en condiciones que caracterizan la verdadera Iglesia de Jesucristo; el número de los que en su seno creen con una fe sincera y práctica es relativamente grandísimo, lo cual constituye un verdadero esplendor.

Capítulo cuarto.—Causas de la pérdida de la Fe. El espíritu pagano.—La primera causa de la pérdida de la Fe en la terrible proporción que hemos hecho constar y que deploramos amargamente, es la invasión de las ideas paganas. El espíritu pagano ha vuelto á imperar, desde el siglo xv, en la época del Renacimiento, y continúa sus estragos por medio de la enseñanza literaria á la cual no cesa de inspirar y dominar. La religión cristiana venció al paganismo, á la fuerza bruta, al sofisma y á la herejía. Faltaba todavía desarraigar cierto fondo de salvajez y rudeza; pero ya la sociedad era cristiana en su lenguaje, en sus instituciones, en sus leyes, en sus artes. No faltaba más que sondear los misterios del mundo material y animado; velase ya aparecer en el horizonte á los fundadores de la física, química, astronomía y fisiología modernas. Arrojadlos de Constantinopla á la mitad del siglo xv, los letrados griegos vinieron en gran número á Italia, trayendo de allá las obras de filosofía, elocuencia, poesía y arte del mundo griego y romano. Fué esto la señal de un fatal retroceso al paganismo, el movimiento pagano fué en tonces inmenso y lo invadió todo: la filosofía, la literatura, la poesía, las artes...

Y como la enseñanza es la que forma las generaciones, resulta que, volviendo á ser la enseñanza completamente pagana, los autores clásicos de Roma y Atenas lo invaden todo, y serán de aquí en adelante los maestros de la juventud católica. Los siete ú ocho años más bellos de la infancia y juventud serán consagrados al exclusivo estudio de los autores paganos. Hé aquí porque el modelo cristiano fué destruido y reemplazado por el modelo pagano.

Demuestro hasta la evidencia por el raciocinio, por la historia y la autoridad, que tan pronto como el espíritu cristiano cedió su lugar al espíritu pagano, en la vida general y sobre todo en la enseñanza de la juventud, la sociedad precipitose rápidamente hácia el abismo, pasando de golpe del Renacimiento al Protestantismo, del Protestantismo al Volterrianismo, del Volterrianismo á la Revolución; luego, por los mismos caminos y bajo la influencia de las mismas causas, á la indiferencia absoluta en materias de religión, á la incredulidad sistemática, al naturalismo, al materialismo, al solidarismo y más aún todavía á la degradación y deformación de los caracteres, á la negación casi universal de las virtudes, que hacen del hombre un ciudadano, y sobre todo un cristiano.

Capítulo quinto.—Segunda causa general de la pérdida de la Fe: el espíritu revolucionario.—Consecuencia fatal y necesaria del espíritu pagano, de la Reforma, de la filosofía del siglo xix, fué la explosión del espíritu revolucionario en 1789 y en 1791, por la declaración de los derechos del hombre y la constitución civil del clero. Ella justificaba en el seno de las sociedades modernas y excitaba una sed insaciable de todas las libertades: libertad de pensamiento, libertad de exámen, libertad de cultos, libertad de imprenta, libertad de asociación, etc., que han tenido ó tuvieron por consecuencia la ley atea, la separación de la Iglesia y del Estado, la supresión del presupuesto de cultos, etc., etc. Estos arrebatos ó extravijs, que suponen ya una debilidad general de la fe, tienen

por corolario necesario la casi completa emancipacion de la mayoría de las inteligencias y voluntades, haciéndolas insusceptibles á toda autoridad civil y religiosa, haciendo predominar el progreso material, acarreado un exceso de civilizacion que tiene por término fatal la barbarie y la muerte. En la práctica ¡ay! la libertad absoluta del bien y del mal no es más que la emancipacion del mal y la proscripcion del bien. Aunque los gobiernos cedan al torrente que les arrastra, aunque den vuelo á los pretendidos derechos del hombre, la Iglesia no se armará con la espada, ni aun con la espada espiritual. Si la libertad se extiende hasta ella, permanecerá y se hará lugar por pequeño que sea, feliz en consagrarse todavía á la gloria de Dios, á la salud de las almas y aun al bien del mismo gobierno. Aceptará los hechos consumados, pero permanecerá inflexible en cuanto á los principios; dará de tiempo en tiempo algun grito de alarma, formulará periódicamente en el *Syllabus* los errores que se vea forzada á condenar, recordará los derechos de la verdad eterna, señalará los escollos ocultos, ó por último mostrará á las generaciones, harto imprudentes para sacudir su dominio, el abismo abierto á sus piés. ¿Puede obrar de otra suerte? ¿No se negaría á sí misma, si no protestase contra las usurpaciones que se verifican nada menos que con el intento de que no cumpla su mision divina, que es el conservar la fe y procurar la salud de las almas? Bajo este punto de vista, demostramos sin trabajo que la cólera que provocó el *Syllabus* de Pío IX fué ficticia ó insensata.

Capítulo sexto.—Tercera causa general de la pérdida de la Fe y la más eficaz de todas: la costumbre de pecar á sangre fria.—La gran llaga del mundo moderno. Llamo *pecar á sangre fria* y llamaré pecado voluntario contra el Espíritu Santo á la transgresion, sin ser arrastrado por las pasiones, de las leyes de la religion, de la razon y aun de la naturaleza. Por ejemplo: el trabajar los domingos, lo

cual hace atcas á las naciones; el descanso del lunes, que causa la desgracia y la ruina de las familias; el olvido de los preceptos de la abstiniencia y de los ayunos, tan higiénicos sin embargo y de tan buena economia política; el abandono de las prácticas religiosas exteriores, de la oracion y de los sacramentos, deberes indispensables á la vida del alma; la alteracion de pesas y medidas; la sofisticacion de todas las sustancias alimenticias y medicinales, crimen odioso de lesa humanidad que clama venganza; á los beneficios ilícitos sacados por los domésticos del dinero de compra y venta á costa de sus amos, refinada indelicadeza que ahoga en el alma de los sirvientes todo sentimiento de honradez; en fin y sobre todo el crimen que san Pablo prohíbe pronunciar, lucha abominable del cálculo ateo contra la naturaleza, la trazon y la pasion, homicida atentado contra la humanidad y la patria, origen desastroso de multitud de males, cáncer que roe el corazon de la Francia, preparando activamente su decadencia. Este capítulo de mi obra excitará la ira ó causará escándalo; pero era preciso coger al toro por las astas para rendirlo. O cesará de reinar como soberano el pecado á sangre fria, ó se acabó con la religion y el progreso verdaderamente tal.

Capítulo séptimo.—La Fe subjetiva, la adhesion de la inteligencia á las verdades reveladas, es eminentemente razonable.—La Fe es eminentemente razonable, porque es, segun la definicion del gran Apóstol, el complemento divino del alma humana. Bendito telescopio de su inteligencia, que le revela las verdades que tanto interés tiene en conocer, y que no puede descubrir por sus propias luces: Dios, nosotros mismos, nuestro origen, nuestro último fin, nuestros destinos futuros, nuestros deberes y el camino que nos conducirá á la dicha y á la dicha eterna. Telescopio no menos bendito de su corazon, al cual inicia en los bienes que puede y debe esperar, únicos que podrán satisfacer su insaciable sed de felicidad. Además, la fe no tan sólo muestra la verdad y el bien juntamente con el

camino que á ellos conduce, sino que es el origen necesario de la felicidad, porque ella únicamente nos resguarda del suicidio bajo todas sus formas, que es la grande ocupacion del hombre, sobre todo del hombre civilizado; destruye en nosotros lo que se opone á la dicha, nos hace probar los consuelos y las alegrías que forman la verdadera felicidad; y sólo ella, por último, nos mantiene en completa y entera posesion de esta. La fe, en una palabra, eleva, engrandece, sublima al hombre y le hace dichoso; la ciencia incrédula le abate, le empequeñece, le degrada; comienza á labrar su desgracia en la tierra y la consuma en la eternidad.

Completé el primer tomo de mis *Esplendores* con dos apéndices.

El primero, *Apéndice A*, tiene por título: *Los Clásicos paganos y los Autores cristianos*. Yo comuniqué á uno de mis antiguos hermanos las páginas de mi capítulo sobre el espíritu pagano, en las cuales me hago eco de las convicciones de Monseñor Gaume sobre los peligros considerables que ofrece la grandísima, ó mejor dicho, la exclusiva parte que tienen en la enseñanza literaria los autores paganos. ¡Mi confianza atormentóles vivamente! Me obligaron con instancia á endulzar al menos la demasiado ardiente expresion de mis nuevas convicciones; me inspiraron temores sobre la mala acogida que estas convicciones preparaban á mi obra ante un público numeroso; obligáronme, en fin, á volver á leer importantes documentos. Obedecí á todo y consigné en el *Apéndice A* el resultado de mis últimos estudios. Estos no me autorizan á modificar mis conclusiones; al contrario, las fortalecen y tendrán por resultado hacer partidarios de la reforma de Monseñor Gaume á muchos de los que todavía le hacen una oposicion formidable. Parece imposible en efecto que no se sujeten á una doctrina que es hoy día la del Soberano Pontífice y la de la mayoría de los Obispos, y la que en sus nuevas sesiones consagrará sin duda el

Concilio del Vaticano. El más elocuente defensor de los *Estudios clásicos del Renacimiento*, ha llegado á decir: «Gos parece que las modificaciones operadas por el Renacimiento en los programas de los estudios de la Edad media son capaces de trastornar las creencias? ¡La impiedad moderna habia salido de allí! ¡Y el comunismo y el socialismo tambien! ¡Acaso es una conviccion muy profunda? Por nuestra parte, á duras penas lo creemos. ¡Creimos por la fe del fabulista que una montaña diese á luz un raton, pero jamás imaginámos que se pudiesen trocar los papeles!» A esto contesto: el espíritu pagano del Renacimiento no fué un raton, sino un gérmen deletéreo capaz de emponzoñar el mundo. Las divinas Escrituras no contienen la fábula del raton al cual parió una montaña, sino que léese en ellas que una infima partícula de trigo corrompe una enorme masa de harina, y nos enseñan que bastó esta minúscula inspiracion, raton diabólico tambien. «No moriréis, sino que abriránse vuestros ojos, y seréis semejantes á Dios, conociendo el bien y el mal» para perder al mundo entero.

El *Apéndice B* está consagrado á la reproduccion de las principales decisiones dogmáticas emanadas de la Santa Sede, desde la Revolucion, en forma de breves, encíclicas, constituciones apostólicas, decretos de concilios ó de congregaciones romanas. Esta preciosa coleccion, que en otra parte no se encontrará tan fácilmente, merece ser el punto de partida de un exámen tan sério como saludable. El número de errores filosóficos y teológicos ha llegado á ser tan considerable, que nadie puede gloriarse de haberse librado de ellos. Estas afirmaciones de tan suprema autoridad son además tan nobles por su claridad, firmeza y perfecta armonía, que cada una de ellas constituye un esplendor de la Fe; no se leerán sin emocion profunda y sin fruto, pues son á la vez vivas y vivificantes.